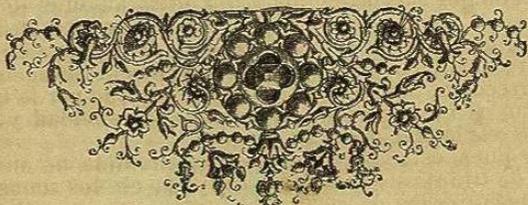


de su Hijo á mirar por su familia y y por la Iglesia que él á costa de su vida habia formado de su sangre.

Despues vistiéndose de la fortaleza y magnanimidad de Madre del Redentor y considerándose ya como cabeza del cuerpo místico de Jesús, no en la jurisdiccion espiritual, de que no era capaz siendo mujer, sino en la potestad dominativa y económica ó doméstica respecto de sus hijos los fieles, trató de recojer en un gremio á los Apóstoles que andaban por las cuevas y montes fugitivos, recelosos de la impiedad de los Pontífices y Fariseos que tan crudamente habian ejecutado su rencor en su Maestro, y por medio de Juan, de Joseph, de Nicodemo y Márcos los envió á buscar, y señaladamente á Pedro á quien consideraba más avergonzado y afligido, y los condujo á la misma casa del Cenáculo, donde con palabras dulcísimas los consoló con la esperanza del perdon de su cobardía, y de ver brevemente resucitado y glorioso á Jesús.

Por esta causa entre otras se ha tenido siempre en la Iglesia el dia del sábado por consagrado á la devocion y culto de María, porque si bien le suelen ayunar los fieles los cuatro tiempos del año instituidos por la Iglesia y algunos con mayor frecuencia, en veneracion de haber estado el cuerpo de Jesús en el sepulcro despojado de su propia alma este dia y tambien de la tristeza y desamparo que con su muerte sintieron los Apóstoles; pero la devocion que en los sábados se tiene generalmente con María, se funda en que sintiendo á solas entonces las penas todas de Jesús que el viernes habia padecido juntamente con él, mientras pendió vivo del madero se vistió de ánimo y valor de coredentora y comenzó á ejercer el oficio de Madre de los Apóstoles y fieles que su Hijo le habia dado en cláusula de su testamento desde la dura cama de su Cruz consolando á los discípulos que á la sazón eran pecadores, estrenando en ellos la altísima dignidad de Madre de Dios que todo es misericordia, y reduciendo toda su potestad á darles consuelo en sus penas y alivio en sus trabajos.



LIBRO SÉTIMO

**Resurreccion gloriosa y ascension admirable
de Jesucristo Nuestro Señor, Dios Hombre.**

CAPÍTULO PRIMERO

RESUCITA JESÚS GLORIOSO DEL SEPULCRO

QRDENÁBASE la Redencion del mundo, que á costa de su honra y de su sangre celebró Jesús en el Madero, á que los hombres que por la culpa de Adan habian sido despojados del derecho que tuvieran á la Gloria, si el Padre primero del linage humano perseverase en la santidad en que fué criado, se gozasen restituídos á ella con mejoras. Y aunque la posesion de esta felicidad comunemente se reservaba para el último dia de este mundo, en que reviviendo los hombres de sus cenizas como el fénix, resucitarán en sus mismos cuerpos, y los justos entrarán en el Reino de la Gloria como hermanos segundos de Jesús, que es el Primogénito y mayorazgo de ella; convenia que en la persona de aquel Dios Hombre amaneciese presto á los mortales la refulgente luz de su Resurreccion, para que se animasen los que por la fé eran miembros suyos á esperar para sí mismos la felicidad y gloria que hubiese resplandecido en su cabeza.

Habiendo pues, estado el alma de Jesús dividida de su cuerpo, espacio de treinta y siete horas, ocupada en los senos de la tierra en repartir gozos á las almas santas y en causar nuevos espantos á los demonios y á los espíritus eternamente condenados, al tiempo que al amanecer del domingo comenzaba á despuntar el dia, salió de aquellas grutas subterráneas acompañada

de otras muchas que eligió para pompa del triunfo, quedando las demás en el antiguo seno de Abraham convertido ya en depósito de Gloria, pues todas ellas gozaban la sustancial que es ver á Dios, detenidas en aquel nuevo Paraíso hasta que el día de la Ascension de Jesús á los Cielos subiesen allá con él como prisioneras de su última felicidad.

Llegó al sepulcro donde asistido de serafines descansaba su cuerpo Sacrosanto. Guardábanle soldados armados de acero y Judíos que todavía lo estaban de envidia y de furor. Pero ¿cuáles murallas son esas ni el mármol sellado que cerraba la puerta del monumento para la omnipotencia de Dios y sutileza de un espíritu? Entró al sepulcro de Jesús haciéndole escolta el escuadrón de santas almas, y pareció un cielo bañado de luz soberana el Monumento, y entonces infunziéndose en los sagrados miembros del cuerpo que yacía como verdadera forma y alma suya le comunicó vida, movimiento y pronto ejercicio y funcion de sus facultades vitales y potencias, dejándole orgánica y perfectamente vivo.

Y porque la vida de un cuerpo humano tiene como por alimento la sangre, y Jesús había derramado casi toda la suya en los tormentos de la agonía en Getsemaní, de los azotes y coronacion de espinas en el Pretorio de Pilato y de los clavos y lanza en la Cruz, escojó de toda ella la cantidad que bastase para la entereza y vida de un cuerpo glorioso, y esa reasumió y unió consigo y con la divinidad en su persona, quedando en el mundo las demás porciones ó gotas de su sangre por memoriales dulces y eternos de su amor. Lo mismo aconteció con los cabellos de su cabeza y barba que sacrílegamente repelaron los Judíos, porque solo unió consigo la porcion de ellos suficiente al decoro de la barba y melena al uso de su nacion.

Pero como sea cosa natural que el alma comunique al cuerpo que informa los dotes de gloria de que es capaz, la de Jesús refundió en el suyo la impassibilidad con que no podia padecer ni sentir dolor alguno ni experimentar en sí flaqueza ó debilidad, sino una robustez y divino aliento insuperable: la claridad que le bañaba de inmensa é inefable luz, quitándole la opaca densidad que naturalmente tiene el cuerpo humano, siendo pasible, de la suerte que una nube limpia penetrada de los rayos del Sol se viste de sus luces, de manera que parece la informan como alma de su cuerpo diáfano y hermoso.

Comunicóle tambien la agilidad, exonerándole del peso que pudiese ocasionarle cansancio, fatiga ó pesadumbre al andar, porque esas son imperfecciones propias de cuerpo corruptible, que admitió Jesús en sí para padecer trabajos, molestias y muerte por el hombre. Finalmente le dió la sutileza con que pudiese penetrar los otros cuerpos por sólidos que fuesen, sin resistencia, quedando así el de Cristo reducido ó la esfera de los Espíritus y Angeles, no porque hubiese mudado naturaleza en la sustancia, sino por haberse vestido de dotes y hermosuras que son propias de las inteligencias inmortales y de las almas de los hombres cuando viven separados de sus cuerpos.

Adornado con estas sobrenaturales escelencias el cuerpo de Jesús se puso en pié lleno de Gloria y resplandor como triunfante de la muerte en los mismos calabozos y plaza de armas de su imperio, que son los lóbregos y oscuros monumentos, y tambien de las congójas y dolores que como familia de la muerte, señora hasta entonces y reina de este mundo, introdujo en él la culpa del antiguo Adán, y en esta forma se permitió ver y adorar de las almas de los santos padres que había traído consigo del seno de Abraham y Purgatorio, mostrándoles las cicatrices y señales de las llagas que en manos, piés y costado había recibido en el madero de la Cruz por su amor.

Y conociendo la natural y viva inclinacion que tienen las almas bienaventuradas á refundir en sus cuerpos la felicidad que gozan, les dió luego licencia para que fuesen á sus sepulcros é influyesen vida en los suyos, comunicándoles los dotes de Gloria á la manera que su alma les había franqueado á su cuerpo, quedando Jesús en el espacio breve que ocuparon ellas en esto, acompañado de Angeles, Tronos y Serafines, que teniendo por suya á la dicha de los hombres, mostraban gozos inefables.

Mandó entonces Jesús á Gabriel fuese á dar á su Madre la nueva de su Resurreccion, porque como esta tenia forma de nuevo nacimiento gustó Jesús que se observase con Maria la misma solemnidad que cuando trató de encarnar en sus entrañas, naciendo ahora en aquel mejor mundo á vida de hombre, si bien gloriosa al presente, cuando pasible entonces y estrenando las amarguras del delito cuya satisfaccion le trajo de los Cielos. Fué Gabriel con esta embajada á Maria, á la cual halló tan segura de la Resurreccion de su Hijo, que pudo aprender de ella mayores certidumbres del misterio. Díjola pues: «Reina del Cielo, alégrate, porque te hago saber que Jesús, Dios Hombre, á quién mereciste traer en tus entrañas resucitó ya de entre los muertos de la manera que lo dijo.» Respondióle serenamente gozosa María: «Engrandece mi ánimo al Señor y mi espíritu se ha regocijado en la Gloria de Jesús, mi Hijo, mi Dios y Redentor.»

CAPÍTULO II

JESÚS RESUCITADO VISITA A LA CRUZ Y MADRE



VISITACION al monumento de Jesús los Santos Padres en cuerpo y alma, ya resucitados, hermosos y refulgentes más que el Sol; y acompañado de tan lucido ejército, Jesús pasó al Calvario donde estaba fija la Cruz en que había obrado el viernes antes la deseada Redencion del mundo; y mirándola con ojos tiernos y agradecidos como instrumento de su gloria y exaltacion de su nombre en los Cielos, en el mundo y en los abismos y tambien de la libertad

que obtuvo el linage humano de la esclavitud de Satanás, obra tan de su amor y de su gusto, la abrazó y se regaló con ella, prometiendo levantarla sobre las coronas de los Monarcas y los Reyes. Los Santos postrados adoraron á la Cruz, mirando en ella al Redentor, besándola con íntimos afectos como medio de su reparación.

Del Sagrado Monte pasó Jesús al Cenáculo, donde le esperaba ya su Madre llena de gozos divinos, originados de causas soberanas. Porque si bien María le engendró con la propiedad que las otras madres conciben á sus hijos, mas como aquel hombre era juntamente Dios, no podía tocar en él su amor materno sin elevarse á superior esfera. Viendo pues resucitado á su hijo, se gozaba de mirar en tanta gloria á su Dios; y de que como Noble Hijo del Padre Eterno hubiese vuelto, tan á costa de su sangre, por su honra (título por ventura el más alto y preeminente de sus cordiales alegrías) y triunfase ya de Satanás, habiéndole quitado el imperio de la muerte y sus congojas, para que los hombres, hermanos suyos, entrasen á gozar la Eterna Vida.

Arrobada pues en tan celestiales motivos de alegría, vió de repente que Jesús le echaba los brazos al cuello y con semblante sereno la decia: «A vuestros ojos, Señora, traigo la naturaleza que me disteis vestida de la Gloria de mi divinidad que mi Padre me comunicó: adquirida no solo por el título de Hijo Natural y Mayorazgo de sus bienes, sino de obediente á su voluntad hasta padecer muerte de Cruz. Este linage de honra me destinó mi Padre en su amorosa Providencia, que viendo que la adoración que me rindiesen los hombres, no solo fuese como Hijo suyo Natural en que no pudieran seguirme, sino tambien como á vencedor del demonio, de los tormentos y de la muerte en que con mi gracia pudiesen imitarme.

»Considerad pues, que vuestro Hijo por medio de la Cruz y las afrentas que estos dias le visteis padecer, ha subido al Supremo Trono de la Potestad y de la Gloria; en cuya representación me veis adornado de resplandores soberanos asistido de Angeles y de estos antiguos criados de mi casa, Patriarcas y Profetas que hoy han resucitado conmigo. Gozaos pues de verme; y sean vuestros gozos, como siempre, regulados con los míos. Hoy he nacido á vida inmortal, impasible y colmada de honores y alegrías, idea y ejemplar de la que gozaran mis fieles, si á imitación mia entraren por el camino de la Cruz, hasta morir en ella al mundo y á sí mismos: bien claro he convenido con mi ejemplo que para esta Gloria no hay mas senda que la Cruz.

»Vos, Señora, que ahora treinta y cuatro años, en el momento de mi Encarnación que correspondió al de mi muerte, me engendrásteis en la vida mortal que gustoso perdí por los amores del hombre en el Madero, me habeis de engendrar otra vez en esta vida impasible que gozo, porque quiero seais Eterna Madre mia. No puede tocaros darme la vida de Gloria que en mi persona goza ya: eso perteneció á mi Padre, que es el Monarca de la felicidad. Mas otro cuerpo fuera de este natural que estais mirando tengo en el mundo, que es mi Iglesia, por cuya redención y

desposorio di toda mi sangre en el patíbulo. Engendrarme en la gloria de este cuerpo que digo, es privilegio y cargo de vuestra Maternidad. Concedidme bien, muerto ayer en la Cruz y resucitado hoy en esta Gloria, para que tal me engendreis en los espíritus de mis fieles. Por este arte sereis mi Madre en las almas, que fué el fin con que dispuse lo fuésteis mia en este cuerpo. Yo repetiré ser vuestro Hijo, tantas veces cuantas me diéreis esta gloriosa vida en los hombres: y ellos subirán á ser vuestros hijos por linage de nacimiento mas sublime; siendo por esta milagrosa generacion, imágenes y estampas mías, ó yo copiado al vivo en ellos. Timbres y honores se os previenen, para cuando resuciteis, y en mi compañía subais triunfante á mis Palacios Celestiales.

María entonces, oyendo las palabras de su Dulcísimo Jesús le retornó: «La Gloria que en vuestro cuerpo veo, Dios é Hijo mio, siempre la creí con la firmeza que la adoro ya presente. Aun cuando los dolores y tormentos de vuestra acerbísima Pasión os tenían tan desfigurado, que conforme el Profeta, nadie os pudiese conocer, os consideraba de breves plazos vestido de estos resplandores; porque la valentía de mi fé penetró hasta vuestra Divinidad, y aunque tan en cortina, os veneraba omnipotente y con dominio sobre los tormentos y la muerte de Cruz que padeciais. De las inefables alegrías, que me causa veros tan lleno de luz y de inmortalidad, doy gracias á vuestro Padre, mi Dios; que aunque con vuestra obediencia le merecisteis esta honra y otras grandes que os hará, dándoos el señorío de todas las Naciones, yo, como la más interesada en vuestras Glorias (pues gustó fuésteis Hijo mio, siéndolo suyo) le rindo cordiales y eternas gratitudes.

»Y á vos las doy tambien, Dulcísimo Señor é Hijo mio, en nombre de los Angeles, cuyas gerarquias se alegran reparadas por medio de la redención que con vuestra muerte celebráis. En nombre de los antiguos Patriarcas y Profetas, que tantos centes naves de siglos estuvieron en los oscuros calabozos de su limbo, esperando salir de aquellas cárceles y subir al Palacio de Dios como familiares de sus gozos; en persona finalmente de todo el linaje de los hombres, que por la primera culpa quedaron sentenciados á no ver á Dios en las Eternidades y á padecer en compañía de los Angeles apóstatas, crueles tormentos por las suyas. Hoy con el aprecio de vuestra sangre, se ven con tesoros que bastan á satisfacer á la Divina Justicia; y en vuestro cuerpo miran ya la Gloria que los espera, como á miembros de cabeza coronada de honor y de inmortalidad.»

CAPÍTULO III

LAS TRES MARÍAS VAN Á UNGIR EL CUERPO DE JESÚS Y HÁLLANLE RESUCITADO



HABIAN asistido á la sepultura del cuerpo de Jesús, que religiosamente celebraron Joseph de Arimatea y Nicodemo el viernes por la tarde, María Magdalena y María, madre de Joseph, (si bien no entraron en la bóveda), y atendido con despiertos ojos dónde y cómo le ponian para volver á ungrile por su devocion; y luego que los discípulos de Jesús acabaron aquel piadoso oficio, y se volvieron á sus casas, bajaron ellas al Cenáculo y por haber entrado ya el dia eclesiástico del sábado en que no era lícito trabajar, no compraron entonces los unguentos que deseaban, solo previnieron los que les fué posible á tales horas, disponiendo la compra de ellos en cantidad mayor, para luego que pasase el sábado y se abriese á los negocios el comercio en la ciudad.

Bien habían visto las matronas la religiosa magnificencia con que Joseph y Nicodemo habían sepultado sin reparar en gastos, á Jesús; porque solo Nicodemo había llevado cien libras de mistura de mirra y aloes, para ungrir el cuerpo sacrosanto en que no solo había para embalsamarle, pero aun para que nadase como en estanque en el aromático licor, y no podía entenderse menos de Joseph, principal autor y móvil de la sepultura del cuerpo de Jesús; mas esto mismo las encendia en fervoroso celo de no ser inferiores á ellos en el culto y obsequios del Señor, mostrando que no había muerto á su fé y adoracion, antes procurando acreditarse ahora que estaba difunto de más finas amantes suyas que cuando le conversaban vivo. No miraron pues á la necesidad que de sus aromas tenia el cuerpo soberano, sino á la que tenían ellas de tributarle finezas amorosas á la manera que en altar de imágen celebrada, aunque tenga muchas lámparas y luces, acrecienta otras la devocion agradecida para testificar el respeto y veneracion con que la adornan.

Todo el sábado estuvieron en quietud, oracion y silencio las matronas en observancia de la ley; mas luego que se puso el sol, acabado el sábado comenzaba legalmente el dia primero despues de él, que tambien lo era de la semana (que llamamos domingo los cristianos como el dia del Señor), y en que los Judíos podian trabajar: las dos Marías, Magdalena y madre de Joseph, habiéndose agregado María Salomé, madre de los Apóstoles Diego y Juan, salieron del Cenáculo y fueron á la ciudad donde compraron á satisfaccion de su deseo, cantidad de unguentos aromáticos, aptos para ungrir cuerpos difuntos, y ricas con tal empleo se recogieron á reposar, dispuestas á ir antes que rompiese el dia á ungrir el cuerpo de Jesús.

Al tiempo señalado antes que amaneciese, cuando aun no se habían despedido las tinieblas y sombras de la noche, salieron animosas las tres Marías del Cenáculo, llevando la copiosa cantidad de unguentos y aromas que habían prevenido y comenzaron á caminar hácia el Calvario. Pero cuando subian la eminencia de aquel monte, María Magdalena y María, madre de Joseph, acordándose de que Joseph de Arimatea, despues de haber sepultado el cuerpo de Jesús (viéndolo ellas y oyéndolo) había mandado á sus criados, que cerrase la boca al Monumento con una grande losa, comenzaron á lamentarse diciendo: «¿Quién nos franqueará la puerta del sepulcro apartando de ella el peñasco que le ocupa, porque estando cerrado él, se nos malogrará la intencion con que venimos?»

Distantes todavía buen trecho del sagrado túmulo las matronas, resucitó Jesús, y entónces tembló la tierra fuertemente y apareció de alegría el terremoto como lo fué de tristeza la concusion horrible que hizo de los peñascos y los montes, estando el Redentor en la Cruz. Causó el temblor de tierra un ministro de los Cielos, y con el estruendo espantoso y mucho más con la vista del Angel, cuyo aspecto era de un relámpago vertiendo llamas, quedaron los soldados y Judíos que estaban guardando el sepulcro, atónitos, acometidos del asombro y casi difuntos por el miedo, derramados sin movimiento de vida por el campo.

Las matronas de Jerusalem que venian al Monumento, sintieron el terremoto aunque de lejos; pero como finamente enamoradas de Jesús, ni hacian caso de temblores ni les causaban pavor los atrevimientos que podian usar los soldados con mujeres en aquellos páramos y en la claridad no del todo despierta de la aurora, antes puestas enteramente al presidio de la Providencia, solo cuidaban del logro de su amor, que era poder entrar en la bóveda y ungrir á satisfaccion de su deseo el cuerpo de Jesús, besarle sus sagrados miembros y lamentar con nuevas y tiernas lágrimas su muerte, porque de su Resurreccion no tenían la fé y certidumbre que debieran. Ese fué privilegio singular de María, Madre de Jesús, que siempre la creyó tan infalible como cuando vió resucitado á su Hijo y Señor entre sus brazos, y por esta causa no se fatigó en buscar aromas ni venir con las devotas mujeres al Sepulcro á ungrir al que sabia que entónces había de resucitar.

Llegaron al deseado sitio las matronas y compararon con recato el movimiento; porque á la dudosa luz del alba que comenzaba á levantarse vieron por aquellos céspedes, tendidos y casi yertos los soldados, y aunque pudieron entender que eran efectos del sueño los que padecian, acercándose más á ellos les parecieron difuntos, si bien cobrándose luego acometieron á defender el Sepulcro, pero el Angel librándoles rayos de fuego los hizo huir, dejando el paso seguro á las mujeres; siendo ya los soldados vencidos del espanto, no defensores del monumento sino oculares testigos de lo que acontecia.

Despedido el temor de los ministros llegaron las devotas matronas á la puerta del Sepulcro, y con grande consuelo de sus

almas la vieron desembarazada del peñasco que la cerraba; pero sobresaltólas no poco ver sobre la losa sentado un Angel, cuyo semblante era encendido como lo suele ser un relámpago, si bien el ropaje que vestía era cual los candores más puros de la nieve como embajador de la Gloria de Jesús que resucitaba, rayo de fuego para los impíos, blanda suavidad para los justos.

No pudieron las Marías escusar el sagrado pavor que les causó la vista de aquel espíritu, porque la naturaleza inferior se estremece de respeto cuando se ve en presencia de otra más sublime. Conoció el Angel la cortedad y sobresalto que padecían las matronas y les dijo: «No teneis que temer. Aunque me veis brotando fuego no es contra vosotras el rigor que muestra mi semblante; porque sé muy bien que con amorosa devoción venis á buscar á Jesús el que crucificaron los Judíos, pero habeis venido tarde, porque ya resucitó glorioso como lo habia prometido, y así no está su cuerpo en el sepulcro. Si gustais venid y entrad en el Monumento y registrad atentas el lugar donde pusieron al Señor. Lo que os encargo es, que con brevedad volvais á decir á sus discípulos y señaladamente á Pedro, que Jesús ha de ir á Galilea á esperarlos. Allí le vereis todos con claridad y sin los temores que en Jerusalem, en lo sublime y seguro del más felice monte. Con haberos dicho esto, he satisfecho á mi obligación; considerad vosotras ahora lo que estará bien hacer.»

Las matronas viendo la cortesía y suavidad con que las convidaba el Angel á entrar en el sepulcro, y que á lo que les daba á entender, con este fin habia bajado de los Cielos, causado el terremoto y quitado de la puerta del Monumento el peñasco en que le veian sentado, volviendo en sí del asombro y concibiendo celestiales confianzas mezcladas de dulzura no experimentada entre los gozos de este mundo, no quisieron malograr sus desvelos y viaje, y así se determinaron á entrar en la bóveda, especialmente viendo que el parainfo celestial se levantaba de la losa y se ofrecia ir las acompañando hasta el Sepulcro.

Favores eran excesivos; pero Dios que no era aceptador de personas y en cuyo tribunal no pesa la distincion de sexos sino la preeminencia de las obras, siendo su raíz el divino amor, habiéndole mostrado tan ardiente con Jesús la Magdalena y sus secuaces, cuando los Apóstoles, ocupados del temor de los Judíos no salian del Cenáculo, no es maravilla que las privilegiase su gratitud, dándoles por mano de un Angel las nuevas de su Resurreccion y constituyéndolas Apóstolas de sus Apóstoles para que aprendiesen de unas mujeres ignorantes el artículo de su Resurreccion, que habian de predicar en todo el Orbe.

Era de aparato artificioso el monumento de Joseph en que sepultaron á Jesús. Estaba en el centro de un jardin un sitio capáz, murado de piedra y en él una cueva no pequeña formada toda en una roca, sin labor ó fábrica alguna de sillares sino toda de una pieza. Dentro de ellas se levantaba una hermosa cámara de altura que un hombre bien dispuesto, estendiendo la mano hácia lo alto, apenas podria tocar el cóncavo de la bóveda. En medio se veia labrado de la misma piedra el lugar en que pu-

sieron el cuerpo de Jesús, levantado tres palmos del suelo y de seis piés de largo, que son dos varas de las nuestras, La puerta era pequeña de suerte que para entrar al Monumento era forzoso inclinar mucho el cuerpo y la cabeza. La piedra de color de jaspe mezclados en ella el rojo y blanco.

Entraron pues, la Magdalena y las dos Marías que la acompañaban á lo interior de aquel Sagrado Depósito, y en él vieron un Angel hermosísimo en forma de gallardo jóven con una ropa resplandiente y cándida, sentado á la mano derecha del túmulo donde habian puesto el cuerpo de Jesús. Quedaron ocupadas de horror y asombro las Marías, pero díjoles con blanda voz el Angel: «Despedid el miedo que teneis, pues no hay porque temais, ya sé que venis en busca de Jesús a quien crucificaron, ya resucitó, no está aquí; á los ojos teneis el lugar en que le pusieron despues que le bajaron de la Cruz; ya le veis vacío; lo que importa es que sin deteneros volvais á dar esta alegre nueva á sus discípulos y en especial á Pedro, certificándoles que en Galilea le vereis todos claramente y á satisfacion de vuestro amor: no permitirse ver tan presto es arte del que os tiene, gusta que crezca vuestra fé con la dilacion, para que su vista os sea de mayor utilidad.»

CAPÍTULO IV

LAS MARIAS DAN LA NUEVA Á LOS APÓSTOLES DE LA RESURRECCION DE JESÚS

FUERA de sí quedaron las Marías viendo el Sepulcro sin el cuerpo de Jesús que con tanto amor y gusto venian á ungir, y encontrando con uno y otro Angel, cuyas ropas y semblantes llenos de milagrosos resplandores las tenian confiscados los sentidos, suspendía la imaginacion y en éxtasis y arrobó las potencias. Pero considerando que ambos Angeles, el que habian visto fuera del Monumento y el que les habia hablado dentro de él les ordenaban que sin detenerse fuesen á dar la nueva á los Apóstoles de la Resurreccion de su Maestro; saliendo del sepulcro persuadidas que en ello daban gusto á Jesús, fueron con tanta aceleracion á Jerusalem, que pudo parecer que huian del furor de los soldados, y tan ocupadas iban del sagrado horror de lo que les habia pasado en el jardin que no tuvieron ánimo ó memoria de referir á persona alguna lo que les habia acontecido, así por el miedo que aun les duraba de la vista de los Angeles, como por el de los Judíos, recelándose no las encontrasen y les hiciesen causa de que habian robado el cuerpo de Jesús en el Monumento si las viesan venir de él á aquellas horas.

Llegaron las santas matronas al Cenáculo donde la piedad materna de María, Madre de Jesús, tenía recogidos y abrigados con su sombra á los Apóstoles, y pidiendo treguas al espanto, les refirieron lo que les habia acontecido en el Monumento y lo que les habian dicho los Angeles acerca de la Resurreccion de Jesús. Pero los Apóstoles tenían tan helada la fé de este misterio, que con ser tan de fuego las palabras de la Magdalena y de las otras Marías no les imprimieron calor ni deseo de ver aquel glorioso portento, ni curiosidad siquiera de averiguar lo que contaban, tan poco aprecio hicieron de su relacion.

Pero la Magdalena sin hacer caso del poco ó ningun crédito que le daban los Apóstoles, cogió aparte á Pedro y Juan, como más empeñados en el amor de su Maestro y díjoles: «Lo cierto es que han sacado el cuerpo de mi Señor del Sepulcro y no sé dónde le han llevado ó puesto, cuando no creais que yo y mis compañeras hemos visto en él á los Angeles, y que conformes nos dijeron habia ya resucitado glorioso; por lo menos no dudeis de que el cuerpo de Jesús no está en el Monumento, porque venimos de allá y lo acabamos de ver con nuestros ojos, y en esto no podemos padecer engaño; y así será conveniente entreis en consejo y tomeis acuerdo acerca del negocio de tanta consideracion.»

Encendidos con estas razones los Apóstoles Pedro y Juan, se determinaron á ir en persona al Monumento, para examinar con seriedad lo que afirmaban las Marías. Comenzaron los dos á correr hácia el Calvario, así porque les ponía alas el amor y deseo, que ya tenían de ver los indicios de la Resurreccion de su Maestro, como por temor de los Judíos; recatándose cuanto les era posible, de ser vistos en el parage del Sepulcro; porque no les prendiesen, como á Discípulos de Jesús que iban á robar su cuerpo.

Amparados, pues, de la oscuridad, que todavía perseveraba, de la noche, que se iba despidiendo, fueron con velocidad posible al Monumento, cuya entrada hallaron sin estorbo; porque los soldados con el espanto que les causó el temblor de tierra y vista horrible del Angel, se habian ausentado del jardin huyendo; si bien animándose unos á otros volvieron al parque, y guareciéndose de las cercas de él y de otros reparos de árboles y matas, atendieron á todo lo que pasaba para dar razon de sí al Presidente Pilato, No vieron Angeles sobre el peñasco ni á la puerta; solo y sin defensa estaba el Monumento; Juan como de vigor más jóven, llegó primero á él, pero no entró á lo interior contentándose con inclinar el cuerpo y aplicar la vista y atencion á ver lo que habia en el Sepulcro; y solamente vió en él las sábanas con que le sepultaron, dobladas y puestas á un lado de la bóveda.

Llegó Pedro, y aunque vino despues de Juan, entró primero que él al Monumento; defiriendo Juan á la autoridad de Pedro, á quien ya todos reconocian superior. Entró Pedro á lo interior de la cámara y vió los lienzos y toallas dobladas, y el sudario que habian puesto á Jesús sobre la cabeza, colocado en un lugar aparte dividido de las sábanas. Entonces entró Juan, siguiendo

las huellas de Pedro. Vió las alhajas de la sepultura de Jesús y creyó su Resurreccion; y la tardanza que habia tenido en creerla, nació de que no habian los Apóstoles penetrado bien las Escrituras, que decian: que para la consumacion del misterio de la Redencion del hombre convenia que Jesús, despues de difunto, resucitase de entre los muertos.

Pedro aunque vió ser verdad lo que la Magdalena le habia referido de que el cuerpo de Jesús no estaba en el Sepulcro, no se rindió tan presto á la Fé de su Resurreccion; originándosele esta dificultad del grande amor que le tenia: porque lo que mucho deseamos, solemos dificultar creerlo hasta que las evidencias de la posesion desvanecen las sombras que se oponen á la Fé. Aconteció tambien esto en la Magdalena, que despues de instruida una y otra vez por los Angeles de que habia resucitado Jesús, refiriendo á Pedro y Juan lo que le habia pasado en el Monumento, no les dijo que habia resucitado Jesús, aunque se lo habian asegurado los Angeles; sino que habian llevado su cuerpo del Sepulcro y no sabia dónde le habian puesto.

Con la esperiencia de lo que por sus ojos habian visto, se volvieron Pedro y Juan al Cenáculo donde estaban los demás discípulos; yendo Pedro por el camino, admirado grandemente de haber visto el Sepulcro sin el cuerpo de Jesús; porque como aun no creia enteramente su Resurreccion padecia confusiones y perplejidades excesivas acerca del estado que tendria su Maestro: ¿quién le habria sacado del Monumento? ¿Dónde le habrian llevado? ¿Si por ventura habia caído, despues de las ignominias y tormentos de la Cruz, en manos de sus enemigos los Judíos? ¿Qué estado podrian tener las materias del Evangelio desabrigado de la presencia y aliento de su principal autor Jesús, que solo podia darle vida y dichosos progresos en el mundo contra las persecuciones y borrascas de que el mismo les habia prevenido tantas veces? Naufragando en estas incertidumbres, llegó Pedro al Cenáculo, donde contó lo que habia visto al colegio, reservando para su interior la borrasca de pensamientos que padecia.

CAPÍTULO V

JESÚS RESUCITADO APARECE Á LA MAGDALENA Y Á OTRAS DEVOTAS MUJERES



La Magdalena, que con el amor que tenia á su Maestro habia ido en seguimiento de los Apóstoles al Sepulcro, no podia sosegar, y así aunque vió que Pedro y Juan habiendo registrado bien el Sacro Túmulo se volvian al Cenáculo, y que las demás Matronas, que siguiendo la huella de los Apóstoles habian venido con ella al Monumento (de las cuales, una era Juana, mujer de Cusa, Procurador de Herodes, enemigo declarado de Jesús: María, madre

de Jacobo el menor y otras muchas que estaban en su compañía, como discípulas de Jesús, y que enamoradas de su celestial Doctrina le habían venido acompañando y sirviendo desde la Galilea) se volvían á Jerusalem, se determinó á quedarse sola en guarda del Sepulcro, por ver si acaso tenía alguna noticia más clara de lo que había sucedido al cuerpo de Jesús, centro de su Espíritu.

Amaba con valentía á su Maestro y le deseaba las mayores glorias; y si con su sangre se las pudiera comprar, no dejara gota en sus venas; pero el milagro de su Resurrección aunque se ajustaba con los deseos que tenía de su Soberana Exaltación, escudía grandemente su capacidad, por serlo de mujer que sabía amar de veras: mas no penetraba lo que debiera ya creer y lo que le fuera sumo gozo persuadir á las incredulidades de su amor. Dos veces le habían dicho los Angeles, guardas que puso el Cielo al Sepulcro, que había resucitado su Maestro; pero ella no concebía que había más resucitar Jesús, que verle ella por sus ojos.

Quedóse, pues, la Magdalena sola á la puerta de la bóveda; y aunque ya había visto que no estaba en ella el cuerpo de Jesús, con la impaciencia del amor que ardía en sus entrañas inclinó la cabeza por ver si descubría en el Monumento alguna novedad que la sirviese de consuelo. Vió pues, dos Angeles con ropas candidas y refulgentes sentados uno á la cabecera y otro á los piés del puesto donde habían depositado el cuerpo de Jesús, haciendo reverente escolta á aquel lugar; los cuales, viéndola llorosa la dijeron: «¿Mujer, por qué lloras? Hoy no es día de lamentos sino de gozos y alegrías.» «Lloro, dijo la Magdalena, porque de este sitio han llevado el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le habrán puesto: esta es la causa de mi llanto.»

Dicho esto, se apareció en forma visible Jesús á las espaldas de la Magdalena, y viéndola los Angeles, que tenían sus ojos hácia ella, le hicieron profunda reverencia, levantándose con los ojos y semblantes inclinados á la tierra. Por esta demostración de los Espíritus, conoció María que alguna persona de respeto estaba detrás de ella; y volviendo el rostro vió al Señor parado; mas no supo quién era el que miraba. Díjole blandamente Jesús: «Mujer, ¿no me dirás por qué lloras tan de veras? ¿A quién buscas en este Monumento?» La Magdalena, imaginando que con quien hablaba era hortelano de aquel jardín, porque en forma tal se le representó Jesús, le dijo entre sollozos: «Señor, si tú como quien tiene á su cargo este puesto, le sacaste del sepulcro en que le pusieron, dímelo; que yo le llevaré á mi casa donde le trataré con más decoro.» Fueron estas palabras nacidas del amor con que adoraba á Jesús; y como le tenía tan dentro de sí no atendió á espresar su nombre, juzgando con lo afectuoso de su cariño, que todos pensaban en lo mismo que su enamorado corazón.

Díjole entonces Jesús: «María.» Y pronunció con tal sonido estas sílabas, que por la voz le conoció la Magdalena. Al eco de los labios de Cristo, María que había vuelto el rostro á los

Angeles para preguntarles quién era el que le hablaba, porque ya sentía en el corazón dulces presagios de consuelo, con repentino y grande gozo, volviéndose á Jesús llamándole Maestro suyo, y postrada de rodillas acometió á besarle sus plantas como solía cuando le conversaba vivo en este mundo que como en el sagrado de aquellos piés divinos le había ido tan bien en la fatiga de sus culpas, esperaba que no le iría mal en la presente borrasca de sus penas.

Pero habiéndole besado con aquel primer ímpetu de amor sus plantas, la levantó Jesús del suelo, tocándola con suavidad en la frente. «Pasta, le dijo, Magdalena, no es tiempo de detenerte más en regalarte con mi persona; otras muchas ocasiones tendrás de satisfacer á tus amores viéndome, conversándome y besándome los piés como á Dios y Maestro que soy tuyo; pues aun no he subido á mi Padre, ni trato de subir allá tan presto; lo que ahora importa es que con acelerado paso vayas á dar esta buena nueva á mis hermanos los Apóstoles que están tristes con mi ausencia; díles como me has visto resucitado y lleno de resplandores, y que para colmar la Gloria de mi Resurrección, determino subir á los Cielos á los brazos de mi Padre y suyo; de mi Dios según esta humanidad y suyo también, y que así resucitado en estas luces, como subiendo á los palacios de mi Gloria, estoy solicitando la suya.»

Con esta orden que Jesús dió á la Magdalena, desaparecido ya de sus ojos, se partió ella acelerada de sus piés, y anduvo tan veloz que antes de llegar á la ciudad alcanzó á las matronas que siguiendo el ejemplo y pasos de los Apóstoles Pedro y Juan, se volvían á Jerusalem. Díjoles con sumo gozo de su espíritu que había visto á Jesús resucitado y verdaderamente vivía vida inmortal y gloriosa, adorado y servido de los Angeles. Estando las devotas mujeres celebrando tan milagrosas alegrías, se les apareció en visible especie Jesús, como que venía de Jerusalem y se encontraba con ellas; retornándolas con esta fineza las que había experimentado de su amor, cuando eran tan pocas las que muerto y resucitado debía á sus discípulos, y por este derecho dentro del gremio de las mujeres santas, dispuso que después de su Madre, le viese la Magdalena antes que otra alguna, porque en los incendios de amarle había escudido á las demás.

Díjoles pues, Jesús, con semblante agradable: «Esteis en buena hora.» Conociéronle todas, y arrojándose á sus piés se los besaron haciendo extremos de alegría y con sumo respeto le adoraron como á Dios. Pero aunque el gozo que sintieron con la vista de Jesús resucitado era inefable, no pudieron excusar el sagrado temor que les causó la presencia de aquel divino cuerpo transformado en naturaleza celestial cuanto á los sobrenaturales dotes que vestía. Sintióndolas pues Jesús medrosas y encogidas les dijo: «No teneis causa para sobresaltaros, muchas sí para tener regocijo, pues la Gloria que poseo se ha de refundir en vosotras y en mis hermanos los Apóstoles. Id pues, sin deteneros y decidles que es verdad, no sueño, mi Resurrección de entre los muertos, que vayan á la Galilea donde me verán á satisfacción de sus deseos.»